

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Eslovenia y Cataluña

Eslovenia, Slovenija en el idioma esloveno, es una de las seis repúblicas autónomas que forman la República Federal de Yugoslavia, o Estado yugoslavo. Las otras cinco repúblicas autónomas yugoslavas son Croacia, Serbia, Bosnia-Herzegovina, Macedonia y Montenegro, amén de los territorios autónomos de Vojvodina y Kosovo, que dependen de la república de Serbia.

Pese a que su territorio es reducido—20.250 km², o sea, dos terceras partes de la superficie de Cataluña, que es de 31.000 km²—Eslovenia tiene una situación geográfica y estratégica muy importante: es el paso obligado para ir, atravesando Hungría y Austria, desde Europa central, y atravesando el norte de Italia, desde Francia, España y Portugal o Europa sudoccidental, al resto de las repúblicas yugoslavas, y también a Albania.

Desde España la ruta por carretera es fácil, pues el paso fronterizo queda cerca de Venecia. Desde la muerte del dictador Francisco Franco se ha incrementado el número de turistas españoles que van a Eslovenia o que la cruzan para visitar o pasar sus vacaciones allí o en algún otro lugar de Yugoslavia. Desde Barcelona la distancia por recorrer hasta la raya de Eslovenia es más o menos la que nos separa de París. Y el viaje vale la pena, porque Yugoslavia es un país, un Estado, diverso y bellísimo, y también barato, para nosotros.

Hago una corta digresión que es de interés para los excursionistas y espeleólogos catalanes, que son muchísimos, y que conocen el paisaje cársico del parque natural de El Garraf, lleno de simas, cuevas y ríos subterráneos. El Kras o Carso es una región contigua a Istria, formada por mesetas calizas, con formas de erosión llamadas cársicas; en El Garraf, y por su semejanza con las que estoy describiendo, las formas de erosión de las calizas se llaman también cársicas.

La población de Eslovenia es de unos tres millones de habitantes, de los que más de un cuarto de millón viven en Ljubljana, la capital de esta república autónoma yugoslava que ahora quiere emanciparse y pasar a ser un Estado soberano e independiente. No está muy claro que el ejército federal yugoslavo se avenga así, por las buenas.

A finales del siglo pasado la capital, Ljubljana, despegó como centro industrial y comercial, y hoy día sus suburbios albergan multitud de fábricas, y es sede también de un importante centro de investigación nuclear. El ritmo de la ciudad es acelerado, y el nivel de vida bastante aceptable, por supuesto el más alto de Yugoslavia. Muchas personas hablan italiano y es fácil entablar conversación en cualquier parte. Hay paro y también harta emigración, sobre todo a Alemania. El origen

de la ciudad es la colonia romana de Emona, del siglo I a.C.

Sin detener el coche puede descubrirse desde la carretera cuál es la base de su agricultura: campos de maíz, cereales, vid y, en gran abundancia, plantaciones de patatas. Las vacas no se ven, están estabuladas, dicen que hay muchas. Sí se ven, en los pastizales, grandes rebaños de ovejas.

La minería cuentan que ocupa a más de la cuarta parte de la población laboral con puesto de trabajo fijo: mercurio, plomo, carbón, lignito... Centrales hidráulicas y térmicas, metalurgia y textiles.

Carlomagno puso a los "voivodas" eslovenos (señores o gobernadores de una región o de un distrito) bajo la tutela de las marcas de Baviera y de Friule, y de los obispos de Salzburgo y Aquileia. Los húngaros invadieron Eslovenia a finales del siglo X, y a partir



AGUILAR

del siglo XI todo el país estaba formado por principados aislados, sometidos a la dominación austro-húngara, que del XIII al XV se los anexionó, excepción hecha de las regiones de Friule e Istria.

Las incursiones turcas de los siglos XVI y XVII debilitaron la colonización austriaca. La invasión napoleónica en Istria, Carniola y Carintia, de 1805 y 1809, propició el despertar del sentimiento nacional esloveno, que se acentuó después, cuando el imperio austro-húngaro ocupó de nuevo el país en 1814. Medio siglo después Eslovenia fue troceada de nuevo: el Véneto fue a depender de Italia, y el resto del país pasó a manos de Hungría. El pueblo llano aceptó de buen grado la dominación austro-húngara, que supuso la abolición de los penosísimos e implacables impuestos a que estaban sometidos por sus clases dirigentes, casi feudales, e incomprensibles en el último tercio del siglo XIX. Reclamaron, eso sí, un estatuto de autonomía administrativa. Pero más tarde el ejemplo de posturas más ra-

dicales de los eslavos del sur, croatas y serbios, les influyó: su rebelión se agudizó poco antes de la Primera Guerra Mundial. Luego, dirigidos por el abad Korosec, los representantes del pueblo esloveno participaron en el Consejo Nacional de Zagreb, en octubre de 1918, en el que se proclamó la unión de Eslovenia, Serbia y Montenegro, germen de la futura Yugoslavia. El nuevo Estado no pudo reunir a todos los eslovenos, pues éstos, a resultas de un plebiscito, cedieron a Austria la región de Klagenfurt. Terminada la guerra, en 1920 y por el Tratado de Rapallo, Italia, vencedora, obtuvo Istria, el Kras occidental y los Alpes Julianos.

Cuando en la Segunda Guerra Mundial se produce la destrucción del Estado yugoslavo, a causa de la invasión italiana, primero, y alemana, después, Eslovenia volvió a ser repartida entre los fascistas y los nazis, y una pequeña parte le tocó a Hungría, aliada del Eje.

Hubo, entre un sector de la alta burguesía y de la clase media eslovena, un "colaboracionismo" con los nazi-fascistas que resulta difícil de entender entre gentes que alardean siempre de su catolicismo a prueba de bomba; un catolicismo que no les impidió ponerse en el bando de unos criminales de guerra: como los burgueses castellanos y catalanes que sirvieron al franquismo con las armas en la mano, traicionando también a sus pueblos.

Por fortuna, un comunista ateo, el general Tito, expulsó a italianos y alemanes de toda Yugoslavia, y propició el nacimiento de la República de Eslovenia, integrada después en la República Federal de Yugoslavia. Eslovenia recuperó Istria, los Alpes Julianos, el Kras occidental y la zona de Istria.

El idioma oficial del país, el esloveno, es el más occidental de las lenguas eslavas del sur. La fijación o normalización de esta lengua, tal y como es hoy día, se produjo a finales del siglo XVIII. Emplea el dual, manera de designar a la vez a dos personas o dos cosas, tanto en las declinaciones como en la conjugación de los verbos.

Tampoco, como en el caso de Lituania, es comparable Eslovenia a Cataluña, por suerte para nosotros. Algún aspecto común: el catolicismo; el papel de sus clases dirigentes, siempre actuando contra los intereses populares y pactando con quien sea para seguir detentando el poder económico, que luego se convierte en poder político; la industrialización y poco más. Se dice que toda comparación es odiosa, pero comparar Eslovenia con Cataluña más que odioso es ridículo, no tan clamoroso como la comparación Lituania-Cataluña, pero ridículo. Un político tiene la obligación de conocer aquello de lo que habla, antes de hablar; un político puede y suele engañar, pero no puede decir tonterías. A la larga es peor que hacerlas. ●